

Grafitos ibéricos sobre cerámica campaniense en el Poblado Ibérico del Castellar (Albocácer)

JOSE BARBERA FARRAS

Para un arqueólogo, la Valltorta es una de las zonas principales con manifestaciones de la pintura levantina y es lógico que la cantidad y calidad de sus pinturas hayan atraído su atención, haciéndole olvidar la posibilidad de localizar yacimientos de otras épocas, evidentemente menos brillantes.

En las varias visitas que hemos hecho al Barranco de la Valltorta, nos hemos sentido atraídos siempre por los llanos amesetados que limitan los acantilados, donde debió transcurrir principalmente la actividad humana de las comunidades de cazadores-pintores.

En estas plataformas elevadas, cubiertas hoy por monte bajo, palmitos y carrascas, es frecuente el hallazgo de lascas y fragmentos de hojas y puntas de sílex, posible manifestación del paso de aquellas comunidades, pero también, de tanto en tanto, es fácil encontrar otros restos también interesantes.

Entre ellos cabe señalar, por su característica situación, los de un poblado ibérico, conocido por el topónimo tan conocido de «El Castellar», en la plataforma que se abalanza sobre el barranco en el tramo comprendido entre el «Cingle de la Ermita» y el abrigo de «El Civil»; especie de península que domina una curva del barranco, orientada al Sur y unida al resto de la sierra por un estrecho collado, donde se eleva un montículo que nos atreveríamos a decir que es artificial, de unos diez metros de altura sobre el nivel medio de la plataforma, que cierra el istmo. Esta elevación, de forma tumular, aparece cortada por una trinchera curva que termina en una cavidad medio soterrada, posiblemente obra militar de la última guerra civil, pero en cuyos taludes no pudimos encontrar ningún material que nos diera alguna información sobre la época de su construcción.

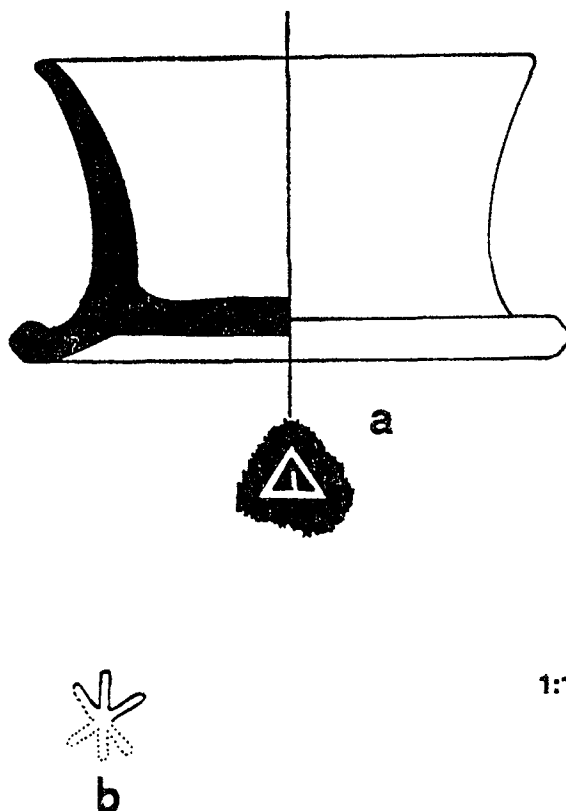
Aun cuando no lo vemos citado explícitamente en el título de ninguna de las obras de la exhaustiva «Bibliografía Arqueológica Castellonense», publicada por Gusi, suponemos que el lugar es bastante conocido, porque son abundantes los típicos hoyos hechos por aficionados-coleccionistas¹. Sin embargo, son escasos los restos visibles de construcciones, y la potencia del estrato parece reducida y va disminuyendo a medida que se acerca al borde de la escarpadura, hasta que llega a desaparecer en muchos puntos.

En el corte de uno de estos hoyos pudimos recuperar la pieza y el fragmento que son objeto de esta nota.

La pieza A es lo que la escuela inglesa y americana llaman «salero», y que Lamboglia denomina «vaso a pisside», derivado del «pyxis» griego, admitiendo que se trata de un vaso de función incierta, siendo característicos su fondo plano y su pared cóncava.

Por su arcilla amarillenta y algo blanda y por su barniz negro y mate, se puede atribuir al tipo B de la clasificación de Lamboglia (forma 3), si bien una cierta negligencia en el acabado y en el torneado (por ejemplo: no tiene casi marcado el pequeño escalón que en las buenas piezas separa el fondo externo del anillo inclinado de la base) nos hace pensar en un producto provincial y tardío dentro del tipo.

En cuanto al fragmento B, por sus reducidas dimensiones (32 × 34 mm.), es difícil de atribuir a una forma determinada, si bien nos inclinamos por las formas 1 ó 2. La



factura de la cerámica y del barniz son análogas a los de la pieza A, y, por lo tanto, también lo podemos clasificar dentro del tipo B.

Ahora bien, tanto la pieza como el fragmento presentan, ambos, un grafito con un solo carácter ibérico, hechos después de la cocción del vaso.

En la pieza A se trata del signo DU o TU, con la forma que aparece mayormente en el alfabeto monetar ibérico.

El fragmento ostenta el signo BO, que adopta la grafía que Maluquer sitúa, cronológicamente, hacia 150-50 a. C.

Aun cuando los fragmentos cerámicos que recogimos, superficialmente, no fueran muy explícitos, su combinación con la pieza y el fragmento descritos, así como los caracteres ibéricos de los grafitos, parecen esbozar un horizonte situado alrededor del año 100 a. C., momento en que un grupo, no muy numeroso de los habitantes de la zona, tuvo que fortificarse en aquel lugar, aprovechando sus naturales condiciones defensivas.

¹ Bosch Gimpera lo cita brevemente en su artículo *Els problemes arqueològics de la província de Castelló*, publicado primeramente en el "B. S. C. C.", t. V, cuaderno II, 1924, pág. 104.